

VILLAS DE LOS SIGLOS XV Y XVI EN DALMACIA

por la Doctora Ana Deanovic

*Parvum habeo
Parvo contentus
Sat mihi parvum.*

(Inscripción en una villa renacentista de Cavtot)

En la inmensidad del terreno calcáreo kárstico de Dalmacia, una de las provincias de Croacia, durante milenios, los hombres formaban bancales, sosteniendo con albarradas las tierras, a duras penas amontonadas para asegurar el sustento. Cabalmente, en este tórrido desierto de roca, sin agua ni vegetación, surgen las villas renacentistas, las primeras por su fecha, no sólo en Croacia o en Yugoslavia, sino también — salvo las de Toscana — en Europa.

¿Qué explicación cabe dar a esta aparición inesperada de villas en suelo de roca, habida cuenta de la riqueza de paisajes diversos, de los que se enorgullece Yugoslavia? La belleza del paraje, a la vez que la feracidad del terreno no son más que una de las causas que hubieran podido justificar la construcción de las villas. Ahora bien, la auténtica razón de su erección, tanto en la Antigüedad como en el Renacimiento, deriva, en primer término, de su propia antítesis respecto a la intensidad de la urbanización, a la fatiga y a la turbulencia de la vida ciudadana, que requieren la huida hacia

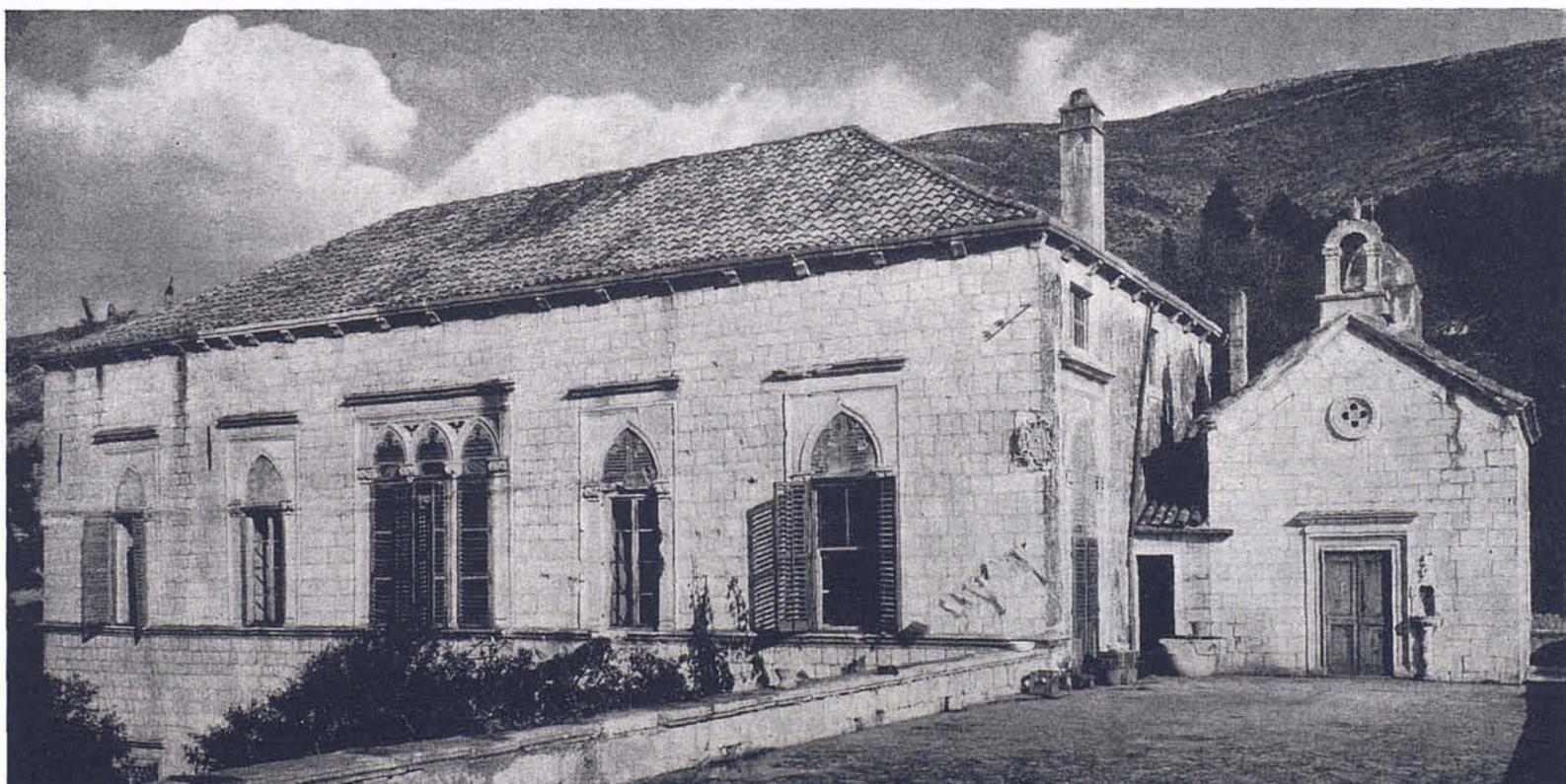
la naturaleza, del deseo de descanso físico y, en particular, del recreo síquico en un aislamiento culto. Según el dechado de los escritores romanos, los intelectuales del Renacimiento admiran los encantos del paisaje, a partir de Petrarca y, de manera pareja, se manifiesta una disposición análoga entre los eruditos dálmatas.

En Dalmacia fue donde se alineaban las más antiguas ciudades de Croacia y del resto de Yugoslavia. La colonización griega, en primer término, la invasión de los romanos, después, han consagrado este arcaico ambiente de pastores y de pescadores con nuevas características, debidas a una clásica cultura urbana. Con el tiempo, aparecen, junto a plazas fuertes romanas, modestas villas como casas de campo, de formas sobrias, utilitarias, a menudo fortificadas. Sus ruinas, muy numerosas en sitios selectos, rodeados antaño de viñedos y de olivares, acreditan el gusto sutil de sus propietarios por el aislamiento (por ejemplo las villas romanas en la isla de Brioni). No es por azar que las villas aparezcan de nuevo en la época del Renacimiento, en el mismo litoral, alrededor de las aglomeraciones urbanas más importantes, conservando, casi siempre, su continuidad desde los viejos tiempos. Esas villas se levantan por los alrededores de Zadar, Sebenico, Trogir, Spalato, Hvar y Korcula, a partir del siglo XIV,

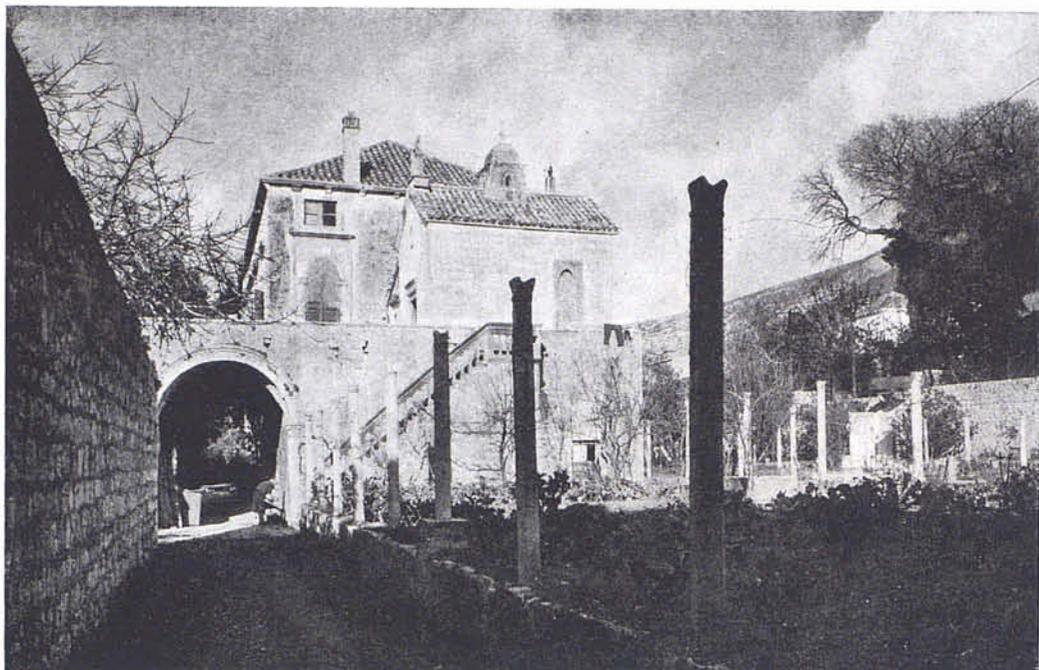
pero, entre ellas, las más numerosas y más bellas están en el territorio libre de la rica Ragusa y son de los siglos XV y XVI. A la sazón, otras comarcas de nuestro país, al par que naciones extranjeras, como Francia y Alemania, andaban metidas hasta las cejas en sus aventuras belicosas.

Entre olivares y viñedos se implantan desde entonces tipos de construcción diversos, armoniosamente adaptados al ambiente. Por la repetición de las formas rectangulares de sus plantas, empezando por la muy sencilla ordenación de volúmenes de la villa del alfoz (*villa suburbana*, sin dependencias) para terminar en los edificios más alejados, con su característica de anejos utilitarios (*villa rústica*) o incluso fortificada (*villa munita*), las villas heredaron la disposición interior de los palacios o de las casas de la ciudad. Cuanto más distantes de los centros urbanos de que proceden, las villas manifiestan en sus plantas, en forma menos acusada, las costumbres ciudadanas y van adquiriendo el talle de habitáculo local. Respecto al latín del humanista, trascienden el hechizo de un dialecto popular, con sus formas rústicas, y, de higos a brevas, se identifican con la casa de campo.

Allende las fronteras de la república de Ragusa, en los arrabales de las ciudades dálmatas, expuestas a los ataques de pira-



Ragusa. Gruz. Villa Bunic-Pucic-Gradic (siglo XV). Fachada principal con azotea sobre el orsan y la cisterna; al fondo, el brocal del pozo y la capilla.



Regusa. Gruz. La misma villa anterior. Fachada lateral con el cuerpo de la cisterna y encima la capilla.

tas y a las invasiones de los turcos, surgen las villas con formas utilitarias cerradas, con aparato de fortificación casi exclusivo. Siguiendo la tradición de las villas romanas, que ofrecían a sus dueños una grata estancia y, además, protegían la aglomeración marítima contra ataques y saqueos, los patricios dálmatas fortificaban también sus villas con torres de defensa y cercaban sus huertos con murallas almenadas. Así, amparaban a los campesinos — su mano de obra — en caso de agresión de turcos o piratas. Las autoridades venecianas no garantizaban en el territorio dálmata, ocupado o limítrofe, la paz que disfrutaba Ragusa merced a las hábiles gestiones de su diplomacia.

La residencia incierta, la situación económica precaria, el propio clima no permitían la vida tranquila en villas y el goce de los jardines costaneros como en Ragusa. La permanencia quedaba limitada a la duración de los trabajos agrícolas, acompañados del racional descanso en plena naturaleza. En los tiempos en que los piratas hacían frecuentes incursiones (incluso desde la lejana Cataluña) y que los turcos amagaban la civilización de las ciudades marítimas, rejuvenecidas por influjo del Renacimiento, el hecho de erigir villas en Dalmacia equivalía, entre miseria y depredaciones, a un acto valeroso de unos pocos afortunados. Coriolano Cippico, humanista y señor de Trogir, en 1476, se hizo construir una villa en Kastel Stari, rodeada por un foso, con un puente levadizo medieval para el acceso al recinto fortificado. El patio interior, siquiera rústico, estaba decorado por danzas de arcos, a la manera de los palacios florentinos. De todas las fachadas, sólo la que daba a la mar se abría en vanos de balcón y ventanas. Por este lado, había una entrada al nivel del mar (parecida a la del palacio del emperador romano Diocleciano en Spalato), que permitía rápido acceso o salida en caso de peligro. De acuerdo con este modelo, otros muchos señores de Spalato o de Trogir levantaron villas fortificadas. Incluso villas del alfoz, rodeadas de jardines, se fortificaban (por ejemplo la villa Capogrosso de Spalato, que data de 1513). Las villas de las islas frente a grandes ciudades dálmatas (Spalato, Sebenico, Zadar) mani-

fiestan el propósito de defensa, tanto en la forma sencilla de casa de campo o de ciudad o la forma cerrada de castillo de dos pisos. Algunos detalles guerreros (troneras junto al portal) caracterizan dichas villas. Entre las más típicas del género figura «Tordalj» de Petar Hektorovic, edificada por el poeta en Starigrad (isla de Hvar), puerto de Pharos, antigua colonia griega. La modesta construcción de dos plantas no ofrece más que un motivo ornamental en medio de la fachada, el mirador en forma de torre incorporada al muro. La entrada desde el mar lleva puente levadizo y las aspilleras vigilan el zaguán. La parte más original (excogitada por el propio poeta, como parte integrante del jardín) es el estanque, rodeado de pórticos, que remata una terraza. El estanque va unido a la mar con un canal, cerrado con reja de malla tal, que deja entrar los peces y les impide la salida, una vez han crecido. Detrás, el jardín se dilata

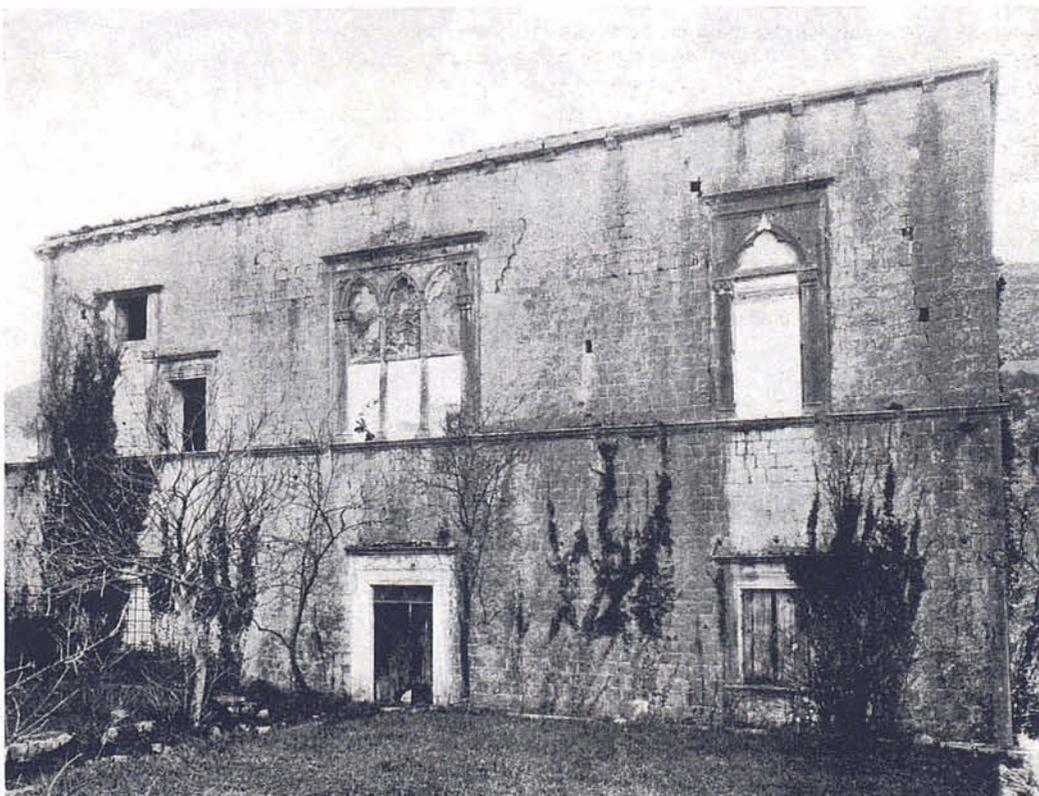
en abancalados de forma geométrica, con sendas diseminadas, y rodeado por diversas dependencias, entre las que no falta una casita para los viajeros.

Dentro de este grupo de villas, la única sin fortificaciones se conserva en los aldeaños de Hvar. Es la elegante residencia veraniega de Hanibal Lucic, autor de las más bellas canciones de amor. Este edificio, con volumen interior único, tiene al ras del terreno la bodega (*konoba*), con hogar rústico, y, en el piso, una sala con lavamanos de mármol. Grandes vanos, que casi alcanzan toda la altura, iluminan la sala, flanqueada por una terraza. En la misma alineación, hay la casa del hortelano, integrada en la composición, pero separada de la villa por un jardín abancalado en miniatura. Por su concepto, esta villa se distingue de las demás de la costa. Es tenida por una de las más hermosas renacentistas, dada la agilidad de su ornamentación y la concisión de su planta.

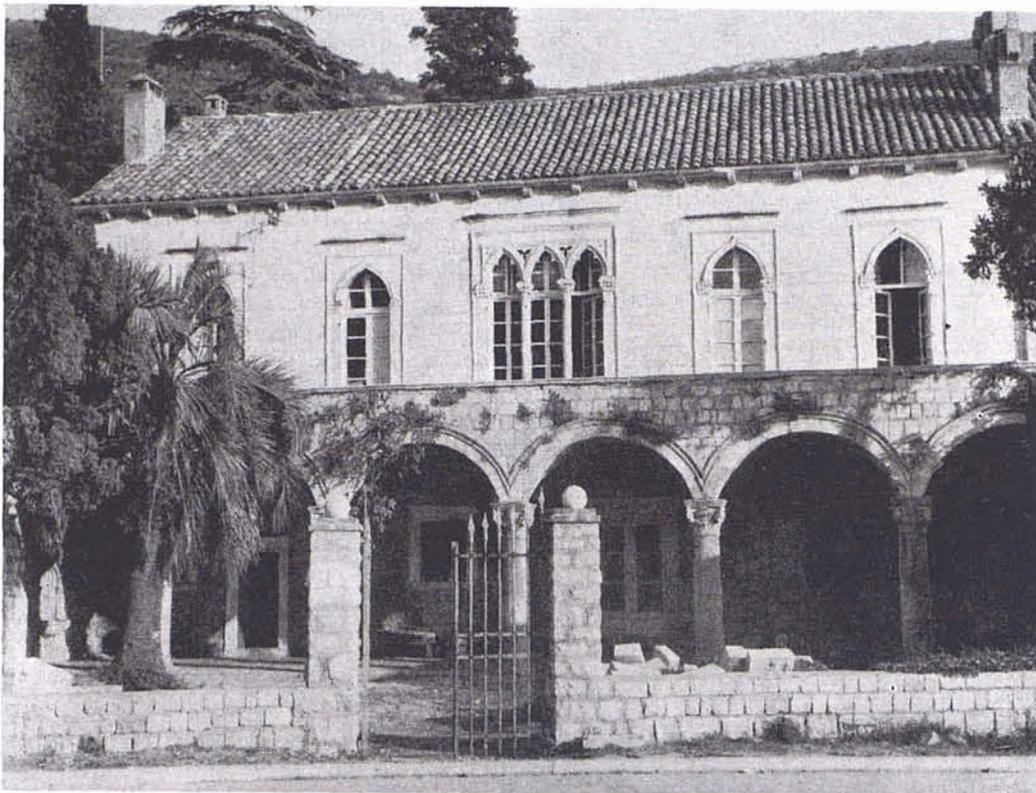
Las villas construidas durante siglos sobre el suelo de roca denudada de los alrededores de Ragusa, fuera del recinto de la ciudad o en la desembocadura del río, forman un conjunto aparte. No reproducen las formas de la *villa rústica*, como en el resto



Rijeka Dubrovacka. Mokosica. Villa Gucetic-Gjorgjic (siglo XVI). Fachada principal con restos del paseo.



Rijeka Dubrovacka. Mokosica. La misma villa anterior. Fachada posterior con piso alto de estilo gótico.



Rijeka Dubrovacka. Batahovina. Villa Kaboga (siglo XV), erigida en una ladera en declive. Parte central de la fachada principal.

de Dalmacia, sino los de la *villa suburbana*, discretamente lujosa, de modestas dimensiones, que rara vez exceden de las de los palacios urbanos.

Consolidada la situación política y económica, la larga duración de la estación estival contribuyó a la transformación de las villas en residencia prolongada, casi permanente. En ellas tuvieron efecto las manifestaciones más agradables de la vida social e incluso, a menudo, reuniones científicas y artísticas de alto nivel. Dado caso que sus propietarios eran escritores, sabios y mecenas distinguidos, desempeñaron un papel importante en los albores de la literatura nacional.

Solamente la cultura del Renacimiento pudo llevar a los habitantes de Ragusa, ricos comerciantes y diplomáticos, a roturar con tanta perseverancia el terreno, piedra a piedra, para sus residencias de verano, y a exportar a Italia estas piedras para, con su producto, comprar tierra, en países lejanos a las veces, para sus plantaciones racionales. Tan precario estado de cosas explica las modestas dimensiones de las villas, ideadas con toda sencillez, casi monótona, pero, por otra parte, sumamente ricas en contenido hortícola. Determinadas por las masas rupestres que las rodean, han conservado bellas formas, armoniosas y sobrias, siempre a escala humana. Desde



Rijeka Dubrovacka. Batahovina. La misma villa anterior. La azotea sobre el pórtico, con la lonja adosada y la capilla familiar.

su aparición, hicieron de Ragusa una ciudad que fascinaba a los viajeros en tiempos del Renacimiento, en especial, por su erección en medio de una vegetación mediterránea. Claro es que no cabe comparar las villas de Ragusa con la exuberancia de las toscanas ni con las de Palladio en el Véneto, siquiera estén inspiradas por el mismo espíritu y por la coherencia general de la cultura mediterránea. Pero, en Rasuga, las villas eran habitadas durante largo tiempo, en una atmósfera íntima y grata, aunque con economía. Se trataba de la fórmula *utile dulci*. En la planta rectangular habitual se distribuían los aposentos según el modelo usual en los palacios de la ciudad. En el centro de la planta baja, se hallaba el vestíbulo o estragal, del cual partía la escalera del primer piso, ya directamente, ya a través de una de las cuatro piezas que lo flanqueaban (dos a cada lado). Rara vez, cuando se deseaba simetría a ultranza, la escalera se retranqueaba en una caja independiente. El vestíbulo servía de paso, lo que indicaba la puerta del jardín enfilada con la portada,



Rijeka Dubrovacka. Villa Gjono Resti (siglo XVI). La entrada del orsan, junto al río Omble, cerca del nacimiento.

con las mismas dimensiones y el mismo ornamento. La distribución del primer piso repite la de la planta baja. Encima del vestíbulo hay el salón, rodeado de cuatro aposentos. Su subordinación al espacio central viene indicado, no sólo por la diferencia de dimensiones, sino también por la altura del salón, típicamente mediterráneo, que simboliza la fama del dueño, trasladada por los ricos ragusenses de la ciudad a los ocios del recreo. Este salón, por su tamaño, sugiere el prestigio del huésped, a cuya sombra vivía la mujer, a despecho del precipuo papel que los poetas le asignaban en sus sonetos. Porque la atmósfera de la vida familiar íntima venía impuesta por el hombre, según sus necesidades. Y se notaba tanto en la elección y la distribución de las piezas como en la ordenación del jardín.

El modelo más antiguo de esas villas, que surgen entre la mitad del siglo XV y el principio del XVI, es una construcción cerrada, caracterizada por la masa pétreo rigurosamente definida. La misma composición resuelve las fachadas, con cinco o rara vez con tres ejes de ventanas; en el eje central de planterreno está el portal de estilo renacimiento, al paso que, encima, hay una ventana trifora de traza gótica (lo que parece

extraño). Esta suntuosa ventana va flanqueada por otros huecos góticos. La austeridad de las fachadas resalta por el efecto de rigidez de los sillares lisos, sin que ningún elemento, teso u hoyo, interrumpa la lisura. Más tarde, hacia fines del siglo XVI, se substituye la ventana trifora por un porche, cuyas arcadas lo protegen del sol. La fachada posterior del edificio se ejecuta con igual esmero y con el mismo sistema de ejes de ventanas que la principal. Si ésta va destinada al ingreso solemne y acogedor, la posterior tiene uso privado según el carácter del propietario. Ocurría a veces que, manteniendo los elementos básicos (sillares, ventanas sin balcón, molduraje horizontal) se componía la fachada principal en estilo renacimiento, al paso que la posterior presentaba ventanas góticas.

La mezcla de formas góticas y renacentistas en un mismo edificio era corriente en Ragusa, pero la idea general de la villa revela siempre el criterio renacentista. Se manifiesta en el carácter cerrado del conjunto, en el predominio de líneas horizontales, subrayadas por molduras y en la alineación de ventanas iguales. Salvo la única ornamentación — la ventana trifora gótica del piso alto — lo que da carácter más suntuoso a la residencia es la piedra (labrada para formar revellines, hogares, armarios, lavamanos y balastradas). El mismo carácter de nobleza ofrecían, en igual proporción, todas las villas de los alrededores de Ragusa e incluso las más alejadas, esparcidas por las islas.

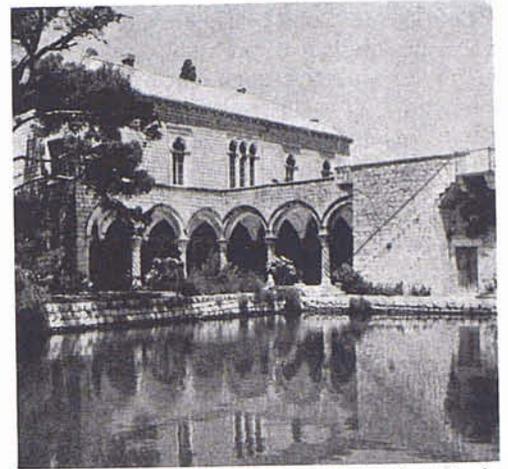
Los jardines que rodean las villas del primer período manifiestan, como la propia arquitectura, ciertos rasgos de creaciones medievales. Están trazados en una extensión llana delante de la villa y van cercados por un muro alto. Quedan divididos por dos sendas cruzadas y protegidas por parrales. En el crucero, un solo adorno: la cisterna. Precisamente, el jardín es el elemento esencial de permanencia en el campo y, en especial, sus paseos umbríos. El edificio forma un conjunto apartado, al margen del jardín. El acceso a la casa se hace por un paseo con columnas, formando pérgolas, que siguen la fachada de la villa.

Casi al mismo tiempo aparecen villas algo más alejadas de las murallas. A su carácter de residencia se añaden fines utilitarios. La disposición de su planta está mucho más desarrollada, habida cuenta de los aposentos que contienen. La villa conserva su forma rectangular y su distribución interior, dando la impresión de un volumen cerrado; las dependencias a su alrededor no suelen sobrepasar la altura de la planta baja. Según la situación en el paisaje o a orillas del mar, se agregan a la izquierda o a la derecha (más tarde, a ambos lados, prolongándose hasta la zona posterior en forma de patio) unas piezas utilitarias, como cuerpos oblongos. La cisterna desaparece del centro del jardín y se adosa al flanco del edificio. Su cubierta es de azotea, con acceso al primer piso. En planterreno, se alinean otros locales, como prolongación de la cisterna y al interior del cuerpo oblongo. Pero, la cisterna queda separada por un ámbito o pasillo, que permite la entrada lateral a la villa. Así, se mantiene en este conjunto la tradición del paseo arbolado a lo largo de la fachada. De allí, a continuación del anejo, siguen los almacenes y otras piezas hasta

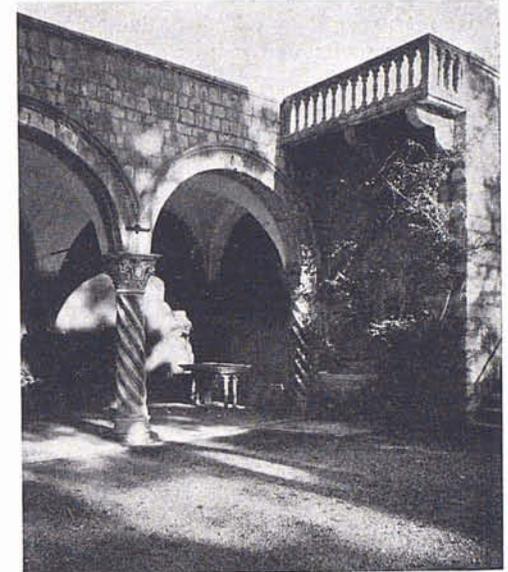
alcanzar la playa, donde se abre, en un zaguán abovedado de entrada, al arsenal de embarcaciones (*orsan*). Dicho cuerpo, que puede ser muy largo, se cubre con azotea dotada de balastradas, donde, en verano, se celebran fiestas y bailes. En tal caso, dispone de escalinata propia, con suntuosas balastradas. Al fondo de la azotea, encima de la cisterna, señalada por el brocal del pozo, suele estar situada la capilla familiar, que puede estar en la alineación de fachada, delante o detrás de ella, pero siempre a distancia bastante para destacar claramente de la silueta de la villa. Según la situación impuesta por la configuración del terreno o la proximidad del mar, los elementos citados (cisterna, *orsan*, porche, capilla) van repartidos a la derecha o a la izquierda de la villa; por excepción, en medio.

Si el edificio se levanta en un declive, el nivel del piso puede hacerse coincidir con la azotea del pórtico que protege la planta baja. El vano triforo habitual transforma uno de sus elementos en puerta que abre a la terraza. Rara vez, el porche de encima del *orsan*, se retranquea hasta el fondo de la terraza, adherido en toda su altura al cuerpo de la villa. Entonces, carece de sentido la simetría rigurosa de los cinco ejes de ventanas y la capilla abandona el cuerpo de que formaba parte.

Esas combinaciones, mucho más libres en sentido horizontal y vertical, han alterado el conjunto rectangular y son características de la segunda fase en el desarrollo de las villas de Ragusa; el cuerpo superior al *orsan* alcanza la altura de la villa, lo cual hace desaparecer la azotea, el porche se añade a la villa en forma de torre-cilla y el *orsan* penetra en la planta baja, formando parte integrante de ella.



Ragusa. Gruz. Villa Petar Sorkoćević (1521). Fachada principal con el cuerpo del *orsan* y el estanque.



Ragusa. Gruz. La misma villa anterior. El cuerpo del *orsan*, rincón del pórtico y la cisterna, con fuente, coronada por un balcón.

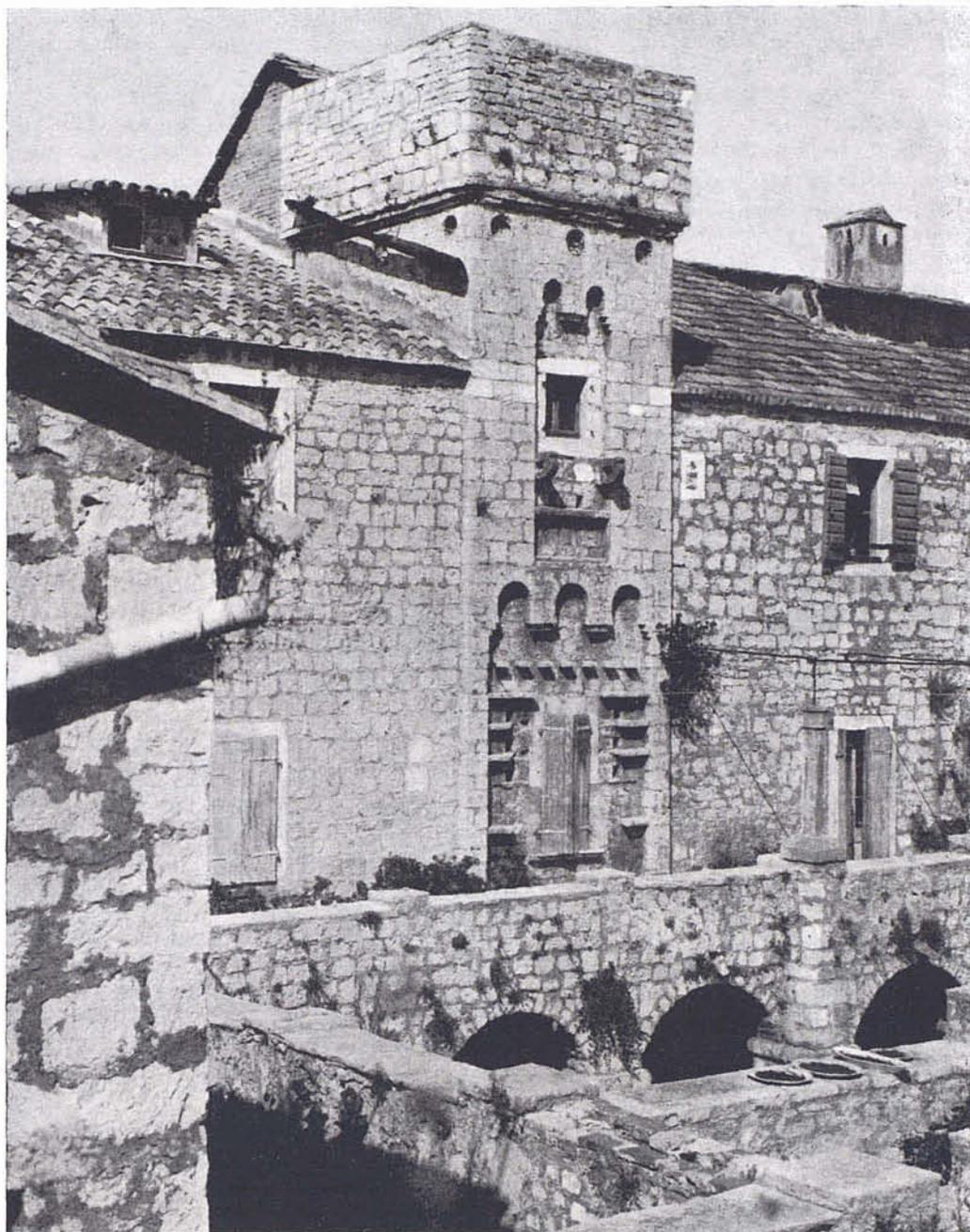


Rijeka Dubrovacka. Villa Sorkoćević. Escalinata desde la terraza al embarcadero.

La villa de Sorkocevic, en Gruz, ofrece quizá una de las mejores soluciones en el juego de variadas combinaciones de los elementos constructivos susodichos. La composición del bloque paralelepípedo simétrico, con cinco ejes de vanos y la ventana trifora al centro, no rige más que la fachada principal, al paso que, en la posterior, tenemos, a un lado, la capilla y los almacenes en planta baja y, al otro, el porche a la altura del piso. Por excepción, el *orsan* se sitúa en el eje central de simetría de la villa, a la que se enlaza mediante la azotea encima del porche. Se sale a esta larga azotea, que llega hasta el mar, por el vano triforo de salón. La cisterna no está cerca de la villa, sino que se adosa al *orsan* con un pozo. A corta distancia hay el gran estanque, como el de Hektorovic, en comunicación con la mar.

De modo parecido a la desarticulación de las masas edificadas respecto a azoteas y pórticos, el jardín brinda novedades, características de esa fase más reciente. A la manera del jardín italiano de aquel entonces — congruente con el de Dalmacia por la cultura y el clima — la compenetración de edificio y jardín no acaece en terreno llano, sino en escarpes. Este hecho facilita el éxito de la dislocación de las superficies ajardinadas con muros, terrazas, pórticos y pabellones, por ejemplo en *Skafa* de Sorkocevic. A despecho de la adustez, se aprovechan los reflejos en el agua, como hacía con profusión el Renacimiento italiano. Se trata de fuentes con chorros finos, pero también de dilatados estanques. Por falta de agua potable, los ragusenses echan mano del agua marina para su abastecimiento, como hiciera Hektorovic, en Starigrad.

A pesar de su modestia y sobriedad, los jardines de Ragusa y los demás de Dalmacia ocupan un lugar señero en la historia



Starigrad (isla Hvar). Villa munita del poeta Hektorovic. Fachada que da al jardín, con el mirador en forma de torre.



Brscine. Villa munita o fortificada de la familia patricia Bizzaro. Fachada posterior con los matacanes cornijales.



Brscine. La misma villa munita. Pormenor de una ladrонера.

de la jardinería europea. Por la carestía de tierra, no se aplica a ellos la división clásica — huerto, vergel (*viridarium*) y floricultura —; de ahí que, en el vergel, se combinan con armonía los árboles decorativos y los frutales, las legumbres y las plantas medicinales. En pequeños arriates a lo largo del paseo, una selecta flora exótica. Con menos frecuencia, si el suelo kárstico lo tolera, el huerto se dispone en bancales detrás del vergel. El riego queda asegurado por el agua de la cisterna, repartida por azarbes. A diferencia del jardín renacentista típico, con bosquecillos de arbustos, el de Dalmacia se distingue por una exuberancia de la flora mediterránea más variada, que prospera libremente. Hay plantas que, a la sazón, sólo se daban en los jardines dálmatas (por ejemplo los tamarindos del jardín de Hektorovic). El sauce llorón, que decora los jardines románticos, figura como ejemplar principal en el jardín de Trsteno. Para que sus ramas llegaran a flor de agua, ésta llegaba de lejos por un acueducto. Los dueños de las villas no cespitaban en incorporar a sus reducidos jardines, además de los agrios, frutos y legumbres exóticos. Desde el siglo XVI, los alcauciles crecen en los jardines de Ragusa, cuando los poetas dálmatas cultivaban alcachofas, antes de que los jardineros italianos las trans-

plantasen a los huertos de los reyes de Francia.

Las relaciones comerciales directas de Ragusa con Oriente, de las que obtenían importantes beneficios, contribuyeron a esa prosperidad hortícola de los jardines, casi única en Europa. Extensiones minúsculas, ganadas con esfuerzo al karst y salvadas de la sequía sólo podían enriquecerse merced a la opulencia de las más diversas plantas exóticas, que crecían espontáneamente; su intercalación con frutos, legumbres, flores y plantas medicinales, con tonos y formas armoniosas, imponían un nuevo carácter, tanto decorativo como utilitario.

De este término medio entre lo agradable y lo útil, peculiar de la parsimonia de los ragusenses, nació un concepto particular de las villas de Ragusa, que se ofrecen como residencia confortable, destinada a largas permanencias y en la que los elementos de utilidad casan con los de representación y de estadia, formando un conjunto armonioso de formas originales. Todo está pensado en función del hombre, con proporciones modestas, pero con mucho gusto y belleza.

De todo lo que precede se colige la singular importancia que incumbe a las villas de Ragusa en la evolución de la arquitectura dálmata y al lugar que ocupan dentro de este género de edificios en Europa.